



Isabel Piper Shafir y Evelyn Hevia Jordán (2012).

Espacio y recuerdo. Archipiélago de memorias en Santiago de Chile. Santiago de Chile: Ocho Libros.

ISBN: 9789563351477

Jorge Mendoza García

Universidad Pedagógica Nacional, México

jorgeuk@unam.mx

“Los lugares traen recuerdos” reza el dicho, y en criterio de la vida cotidiana así ocurre. Y a decir de un reciente libro eso sucede: los lugares devienen emplazamientos de la memoria de un grupo, los lugares son puntos de anclaje de la memoria de una colectividad. Son los espacios usados, practicados y apropiados por la gente, que al realizar actividades le otorgan un sentido a los recuerdos ahí depositados. Las experiencias se mantienen, así, en el presente. La cual es una idea que viene de lejos, al menos desde los griegos hace 25 siglos con su denominado *Arte de la memoria*, y más recientemente con Maurice Halbwachs en *Los cuadros sociales de la memoria*, y que ahora se re-posiciona para lo que ocurre en Chile con los memoriales. En este último caso, hablamos del libro a cuatro manos de Isabel Piper Shafir y Evelyn Hevia Jordán *Espacio y recuerdo. Archipiélago de memorias en Santiago de Chile*.

Los espacios guardan el devenir de los pueblos, de las sociedades, de los grupos, y si no su devenir al menos su significado, que es lo que importa para la gente, porque es el significado que tiene un lugar lo que se conserva al paso del tiempo. Por eso, las autoras señalan, hay que hacer memoria con los lugares. Así vista, la memoria de una buena parte de la sociedad chilena contemporánea se encuentra en sitios de dolor, en lugares de represión, en esferas de muerte, porque dolor, represión y muerte fue lo que experimentaron diversos grupos en pasadas décadas de dictadura castrense, cuando Augusto Pinochet y un grupo de militares derrocaron al legítimo gobierno chileno presidido por Salvador Allende, y después del golpe se vino una andanada de violencia ejercida desde el poder. Las prácticas de terror fueron diversas, como diversas fueron las maneras en que se torturó, se eliminó y se desapareció gente, mucha ajena a la resistencia política contra el ejercicio del poder militar. Esos desaparecidos, eliminados, ejecutados o muertos en la resistencia, una vez que se da paso a la transición, serán recordados por sus familiares, grupos o amigos. Y se les recuerda de una manera que enunció el acuñador de la noción de memoria colectiva, Maurice Halbwachs, se les conmemora mediante un cuadro social: el espacio. El espacio no como entidad física sino como dimensión simbólica, repleta de significados para quienes desean recordar, de eso trata la memoria colectiva, de espacio y significado. Eso nos va narrando el libro aquí referido.

“El lugar enuncia uno o más mensajes, *habla*, relata el pasado a través de sus marcas” (p. 25, cursivas del original), de esta forma los lugares se van construyendo en actores sociales, en acciones de memoria, en escenarios de recuerdo, la memoria como acción social. Los espacios que se usan y se significan como sitios de recuerdo, expresan e interpretan lo que del pasado se desea mantener en el presente. Las autoras lo señalan claramente: para que sea un lugar de memoria no es suficiente con que algo haya sucedido en ese sitio, ya que se le debe endosar un sentido, un significado y, de esa manera, recordar conjuntamente. Por eso, advierten, deben considerarse para los lugares de memoria, elementos como la voluntad política, los mensajes, los procesos de materialización interpretación y usos del mismo.

En la zona metropolitana de Chile hacia 2007 había cerca de 250 *Lugares de memoria*, en 100 de los cuales las autoras estuvieron, espacios del recuerdo como actores sociales que interactúan y se vinculan unos con otros, archipiélagos. La mayoría de esos emplazamientos son producto del trabajo y la lucha de grupos relacionados con la defensa de los derechos humanos. Ciertamente, las iniciativas corrieron a cargo de grupos de familiares, amigos o gremios de la gente que fue torturada, eliminada, asesinada o desaparecida, pero para que se instalen como sitios más o menos permanentes, se requiere de gestiones con el Estado, de ahí que haya que relacionarse con alguna instancia de gobierno para que ello sea posible. Eso con los espacios civiles. Los hay, asimismo, más o menos institucionales, gestionados y erigidos por alguna universidad, hospital o partido político, que recuerdan a alguno de sus afiliados o militantes que fue sometido a la represión eliminadora. No obstante, ambos, civiles y gremiales, interpelan a la sociedad, a esa que de algún modo no fue víctima de la represión desaparecedora, grupos, gente, colectivos que no tienen en sus filas o familias a algún desaparecido, eliminado o ejecutado, por ejemplo. Se dirige, también, al ausente, se le rinde así un tributo, un homenaje, en sentido estricto se le conmemora. Lo que hacen estos grupos es re-apropiarse de ciertos sitios donde la represión se manifestó de forma muy brutal, sitios de recuerdo, señalándolos de manera abierta, pública, mediante marcas, con la clara intención de que la sociedad esté al tanto de lo ahí ocurrido años atrás, por caso, lo traumático de lo ahí vivido.

Son distintas generaciones las que participan en el levantamiento de estos lugares de memoria. Unos, de primera generación, los familiares de las víctimas, madres, hermanas; un segundo grupo o generación, hijos, hermanos menores, gente que busca llenar huecos por las ausencias impuestas; un tercer grupo o generación, los que aún no nacían cuando los conmemorados fueron desaparecidos, que es el caso de los nietos, por ejemplo. Previo a la construcción de estos sitios, hay todo un debate entre las organizaciones que tienen la intención de trabajarlos y mantenerlos, lo cual lleva tiempo, entre la búsqueda de información, los intercambios, la búsqueda de acuerdos, las gestiones, y qué se expresará en el emplazamiento. De igual forma, se colocan en juego las distintas versiones que sobre el pasado tortuoso desean ponerse de manifiesto en el presente, que no son pocas, y no son pocos tampoco los desacuerdos entre las distintas organizaciones de familiares y políticas, porque así también es la memoria, diversa y múltiple. Y, claro, esa memoria da cuenta, asimismo, del tipo de sociedad que se intenta forjar en el presente.

Pero no todo es historia de éxito, pues hay proyectos que se quedan en eso, como lo pensado para el Estadio Nacional y un museo que pretendía dar cuenta de la crueldad del poder castrense, que finalmente no se concretizó, pero muchos otros sí se materializaron, literalmente, posicionándose del lado de la memoria, disminuyendo así la esfera del olvido social. En ese caso, los que sí llegaron a erigirse dan cuenta, decíamos, de ese pasado significativo que intentan mantener en el presente los allegados de las víctimas. Y fueron distintos actores los que lo lograron, como los relacionados con la

experiencia represiva, con algún lugar emblemático de dicha represión, con una víctima, los tenaces en el mantenimiento de la memoria, los involucrados con la defensas de los derechos humanos.

Con este largo andar, proceder y mosaico de organizaciones, se erigieron distintos tipos de esferas de memoria, como los *lugares de nominación, de personas o eventos*; los de *hecho acontecido con señalamiento*, en el que ocurrió algo; las *construcciones permanentes*, que se erigen con una marca visible y permanente, como una escultura; las *construcciones transitorias*, de mediano plazo; las de *presencia de la persona ausente*, como las tumbas o animitas. Las autoras trabajaron, al final, con 68 sitios de memoria, encontrando que hay algunos de esos lugares que no generan conflicto entre las distintas organizaciones, como la Estatua a Salvador Allende en la Plaza de la Constitución, el sitio conocido como Londres 38 o el Estadio Víctor Jara. Otros más sí son puntos de conflicto, dadas las perspectivas e ideologías que sustentan los grupos memorísticos. Y hay una fecha en que estos sitios son especialmente visitados y se vuelca su significado: el 11 de septiembre, fecha del golpe militar.

Las autoras realizan un recorrido por los lugares de memoria, que han categorizado de diversas maneras. En un apartado están *Los sujetos colectivos, mujeres, jóvenes militantes, compañeros, detenidos desaparecidos*, es ese el primer bloque. El segundo lo denominan *Los sujetos individualizados, Salvador Allende, Víctor Jara, Miguel Enríquez*. En los sujetos colectivos... los “lugares recuerdan y rinden homenaje a un sujeto colectivo o comunidad de personas” (p. 46), víctimas de la violencia de Estado, que pertenecen a una colectividad o categoría y eso es lo que se recuerda: médicos, ingenieros o mujeres que, por cierto, en este último caso son más bien marginales en este tipo de emplazamientos, pues no sólo se usa un discurso masculinizado sino que las imágenes, en buena medida, son de luchadores sociales hombres. No obstante, dos excepciones fuertes las enuncian en los sitios: *El monumento mujeres en la memoria*, ubicado en el centro de la ciudad de Santiago, aunque de difícil acceso, donde se emplaza una placa poco visible y puede leerse: “Mujeres en la memoria. Monumento a las mujeres víctimas de la represión política, 2006” (p. 48); el sitio se usa de manera colectiva en marzo cuando se conmemora el día internacional de la mujer. Pero, su presencia en el escenario social, en el recuerdo social, es poco efectiva. La otra excepción es el *Jardín de rosas* instalado en el emblemático *Parque por la Paz Villa Grimaldi*, que en los inicios de la dictadura militar fungió como centro de secuestro, tortura y exterminio con el nombre de *Cuartel Terranova*; el sitio después sería recuperado con fines de conmemoración por parte de distintas instancias e inaugurado el parque en 1997:

En el lugar conviven vestigios de lo que fuera el cuartel represivo, reconstrucciones de algunas de las edificaciones originales, y gestos simbólicos que aluden a la recuperación del lugar y a la lucha por la defensa de los Derechos Humanos (p. 50).

Por su parte, los jóvenes militantes, asesinados cuando protestaban, son recordados de dos formas a tono: murales, que se emplazan en sitios donde se les ejecutó o vivieron. Los rostros en los muros y un fragmento de biografía hacen las trazas del recuerdo. La otra manera, que en este caso es llamativo, se le denomina “animitas”: construcciones pequeñas, tipo casita, que se levantan en el lugar del asesinato; son estos, lugares de memoria para los familiares, allegados y quienes por el lugar pasan y se detienen a mirar la casita y lo que ahí se inscribe. El caso de los hermanos Vergara Toledo ejemplifica esa forma: militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), opositor al régimen, fueron asesinados en el barrio en que trabajaban políticamente. La animita que se les erigió tiene colores rojo y negro, los colores del MIR, y una placa que indica: “29 de marzo de 1985, Rafael Vergara Toledo, Eduardo Vergara

Toledo". En la casa donde vivían los Vergara hay murales, sigue habitada por la familia, y se recibe a los visitantes. Son sitios de una memoria local que, no obstante, rebasa lo estrictamente familiar y que va, incluso, más allá del barrio, y que puede ser de un sector o generación que intentó resistir a la embestida del poder. En diversas animitas se ve la "huella" del uso, el signo de la permanencia, como las flores frescas que hay constantemente en la animita de Marisol Vera Linares, entonces estudiante de 22 años asesinada en septiembre de 1985, mientras participaba en una jornada nacional de protesta.

Están, asimismo, los memoriales de los partidos de oposición, como el del MIR, el del Partido comunista o del Partido socialistas, que reivindican sus propias luchas e ideologías, y a sus militantes. De igual forma, los sitios de recuerdo de instituciones, como el de la Universidad de Santiago de Chile, que tiene su memorial en la entrada principal, memorial que se plantea como homenaje a estudiantes, académicos y funcionarios "víctimas de la represión militar", ejecutados y desaparecidos. En este memorial poco se detiene la gente a mirarlo, y no se avistan huellas de su uso. Ahí cabe la pregunta: ¿qué lleva a que un memorial sea significativo y otros no interpelen a los aludidos? Y es que un espacio no usado deviene espacio sin memorias. La relevancia y utilidad de los memoriales o lugares de memoria ahí tienen su prueba de fuego. Por otra parte, algunas agrupaciones o sectores, como los contadores auditores tienen su memorial, el gremio se reivindica en estos casos, los colegas son recordados: aquellos que fueron desaparecidos o asesinados y que a ese grupo pertenecían se ven recuperados para el presente, ellos significan y mantienen el emplazamiento.

Un sitio de recuerdo amplio, por su envergadura, lo constituye aquel que incluye a distintos actores, mujeres, hombres, viejos, jóvenes, militantes y no, el mural de todos. Aunque presenta un problema: quienes no fueron reconocidos por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación como asesinados por la dictadura, no entran en la lista, a la que se le agregan nombres con cada nueva investigación o con la puesta en público de nueva información. Un mural de este tipo, "de todos", es el del Cementerio General de Santiago, impresionante, que incluye los nombres de los asesinados por el poder militar, inaugurado en 1994, en la parte de arriba puede leerse: "Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas, al mar, a las montañas"; este mural es muy visitado, se llega a él sin mayor complicación y la gente se detiene a mirar: "este gran memorial es escenario de diferentes actos y manifestaciones, en distintas fechas y con actores diversos. Los más masivos y reconocidos públicamente son los del 11 de septiembre y la del 30 de agosto –Día del detenido desaparecido" (p. 82).

El memorial puede, igualmente, convocar no sólo a ser contemplado, como un mural, sino a recorrerlo, a sentirlo, a reencontrar en pequeñas narrativas su pasado, como ocurre con el *Memorial de Paine*. Un memorial a un costado de la carretera que conecta a Paine con Santiago: cerca de mil postes de madera dibujan la silueta de la cordillera andina. Hay, no obstante, sesenta espacios vacíos, los cuales dan cuenta de sesenta vidas segadas y ahora ausentes. El entramado de memoria fue pensado por familiares, con ayuda de psicólogos y artistas, y así se reconstruyó vida y muerte de los ausentes. Lo diverso del trabajo posibilitó que los familiares tuvieran distintas imágenes y propuestas para recordar a su desaparecido, enfatizando rasgos que consideraron más viables y significativos, sea la militancia, una foto de un periodo particular de la vida, de un equipo de fútbol, una sonrisa, un dolor; es, en sentido estricto, una pluralidad de memorias.

Están, asimismo, los centros de detención que, después de un tiempo y por trabajo de prácticas de memoria y de recuperación del sitio, se vuelven lugares de memoria, es el caso de *Londres 38*, antes centro de detención y tortura donde se les vio por última vez a 96 personas, después recuperado como

centro de memoria e inaugurado en 2008. Las autoridades le habían cambiado el número, los memoriosos, para significar, lo retornaron a su antigua numeración. Una placa da cuenta del sitio: “Londres 38. Centro de tortura y exterminio. Septiembre de 1973-octubre de 1974”. Un rasgo peculiar es el desdoblamiento de los signos y la memoria al espacio abierto: a lo largo de la calle donde está el inmueble el piso se mezcla entre adoquines y placas de mármol blanco y otras de granito negro, aludiendo a las baldosas negras y blancas que los detenidos miraban bajo la venda con que sus torturadores les tapaban los ojos. Las autoras expresan: “el memorial consigue el objetivo de sacar al espacio público aquella historia que fue encerrada en la clandestinidad del inmueble y ocultada a través del silenciamiento y borrado de su numeración” (p. 92). *Villa Grimaldi* es otro sitio emblemático, alberga distintos sitios de memoria, entre ellos el *Muro de los nombres* o *Muro de la memoria*. Al menos 18 personas fueron ejecutadas en esa *Villa*, aunque el muro da cuenta de 229 personas que fueron, al menos, detenidas por los militares. Un rasgo: la lista es por año y organización, pues a dicho centro llegaban militantes de cierta organización dependiendo del año, lo cual muestra la saña del poder en ciertos momentos contra determinada agrupación, por ejemplo a los del MIR, del ELN y la Liga se les detiene entre fines de 1974 e inicios de 1975. A lo largo de 1975 le toca a los militantes del Partido socialista, y a los del Partido comunista en 1976. Otro es el *Cuartel Ollagüe* que funcionó a fines de 1974 como centro de detención y tortura (que, junto con *Londres 38* y *Villa Grimaldi*, operaba la DINA) pasó por varios trámites, usos y fue demolida la casa, no obstante algunas huellas y emplazamientos quedaron, y así se reconstruyeron ciertos tramos, como la sala de torturas, donde se colocó una parrilla en que se aplicaba descargas eléctricas a los detenidos ilegalmente. En una de las inscripciones puede leerse: “En esta casa de José Domingo Cañas 1367 en el año 1974, durante la dictadura militar 1973-1990 fueron detenidos desaparecidos 42 compañeros y fue asesinada en la tortura Lumi Videla M.”.

Se encuentran otros memoriales que, aunque de personas particulares, devienen colectivos, por su dimensión, traza, influencia, significación, representación y alcance, por lo que en el pensamiento social de la gente implican. Es el caso de emblemas, para la sociedad chilena, como Salvador Allende, Víctor Jara y Miguel Enríquez. En el caso de Allende, es una figura que trasciende el ámbito local y nacional, pues era el presidente de Chile cuando el golpe militar lo cual no se menciona en la placa que se colocó en la estatua que se encuentra en la Plaza de la Constitución en Santiago, donde se encuentran estatuas de otros ex-presidentes. Lo que sí se consigna es esa maravillosa frase que ha dado la vuelta a una buena parte del orbe y que hace sentir aquellos tiempos de cambios con anhelos de justicia y una pizca de humanidad: “Mucho más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor”, dicha en su último discurso. Distintas generaciones lo visitan, distintos sectores ahí se reconocen y charlan sobre aquellos tiempos, aquellos sueños, aquellos porvenires truncados por la bota militar. Allende tiene otros emplazamientos memorísticos, como un monumento en la comunidad de San Joaquín, la Plaza Salvador Allende, su nombre en centros de salud y calles, sitios en museos y su mausoleo en el Cementerio General, sitio muy concurrido en que se encuentran las tumbas de la familia.

Víctor Jara es otro emblema. Su actividad la desarrollaba en la Universidad de Santiago, donde lo secuestraron días después del golpe militar, fue llevado al entonces Estadio Chile, sitio de detención y tortura. Su cuerpo fue encontrado el 16 de septiembre de 1973 afuera del Cementerio Metropolitano de Santiago. El Estadio donde se le retuvo y torturó ahora lleva su nombre, en él se realizan actividades culturales, se dejan ver huellas de su uso constante, y hay una placa con cara y versos del cantautor, un

trozo del último verso que escribió antes de morir: “Canto que mal me sales cuando tengo que cantar espanto! Espanto como el que vivo como el que muero, espanto. De verme entre tantos y tantos momentos del infinito en que el silencio y el grito son las metas de este canto. Lo que veo nunca vi, lo que he sentido y que siento hará brotar el momento...”. De igual manera, hay un memorial en la Universidad de Santiago, una escultura grande en un espacio que posibilita reuniones amplias: una guitarra de homenaje al cantante, con una mano que se abre hacia el cielo, y que en septiembre congrega masivamente a la gente. Asimismo, hay un nicho en el Cementerio General, donde se depositan lo mismo flores que fotografías y cartas. Está, también, la Plaza Víctor Jara, donde se encuentra una escultura de fierro a manera de partitura con el nombre del intérprete, en un escenario de cemento y un muro con su rostro y el del estudiante Matías Catrileo (también asesinado) como fondo; es ese lugar de distintas actividades culturales y políticas.

Miguel Enríquez es otra figura emblemática, en este caso de la resistencia y la rebeldía, y tiene múltiples sitios de recuerdo, el libro da cuenta de dos de ellos. La Placa en calle Santa Fe que fue lugar de refugio del líder del MIR y sitio en que fue acibillado el 5 de octubre de 1974. Ahí cada año van grupos diversos a recordarle. Está, asimismo, el nicho en el Cementerio General de Santiago, donde la gente le deja notas cada 5 de octubre y 11 de septiembre. Sitio de un recorrido de memoria.

Al final, las autoras llaman, convocan, suscriben el derecho a la memoria: “para que una sociedad se haga responsable de la violencia que ejerció sobre sí misma es importante que la sepa parte de su propia historia” (p. 129).

Lugares, nombres, artefactos, murales, biografías, animitas, cartas, trazos, trazas, calles, cementerios, pequeñas narraciones: lugares de memoria. El libro en realidad realiza un recorrido ameno y hace sentir que uno va por los lugares narrados, goza de una escritura amena y sencilla, en ese sentido esta reseña no le hace justicia. Los lugares narrados, de memoria, son revisitados de alguna manera al leer el libro, y las imágenes ayudan mucho a la reconstrucción de ese recorrido al que invitan las autoras. La cuestión aquí es ¿cómo conseguir el libro?, las autoras tienen la palabra.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)